Señora maestra, diga algo

Loly R. Mateo

SEÑORA MAESTRA, DIGA ALGO

LOLY R. MATEO

Avant
editorial

Primera edición, enero de 2025
© Loly R. Mateo, 2024
drm10365@hotmail.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-12-3
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-26333-2024

A todos mis alumnos,
que supieron hacerme maestra.

Sin muchas compañeras de comarca,
nunca habría podido reflexionar tanto.

«No hay viento favorable para aquel que no sabe adónde va».

Séneca

«La vida es tan buena maestra que,
si no aprendiste la lección, te la repite».

El Principito
Antoine de Saint-Exupéry

PRÓLOGO

Cuando Loly me pidió que escribiese un prólogo del libro, sentí un gran honor. Ella sabe que quiero imitarla, pero no poseo sus cualidades.

De todas las que tiene mi gran amiga maestra, la que más envidio es la constancia. Aparentemente, no parece pomposa, llamativa ni grandilocuente. La constancia de Loly le permite, día tras día, recorrer un buen trecho, despacio y en soledad. De la página una pasa a la dos y, con el paso del tiempo, a la… no se sabe dónde. Porque cada parte del camino nos lleva a parajes distintos, como si viviéramos muchas vidas en una. La de la maestra Toñi es un ejemplo de esto y, con la lectura de estas páginas, os invitamos a recorrerlo. Gracias, maestra, por permitirme caminar siempre a tu lado.

Masuca Rodríguez Asensio

INTRODUCCIÓN

La novela que se presenta a continuación tiene una parte real y otra novelesca. Lo primero corresponde con una comarca sevillana: El Aljarafe. No menciona el pueblo, mas lo llama Tagonia para no relacionar el trabajo realizado por Antonia con ninguna localidad. El Aljarafe es una comarca con treinta municipios, conformando la mayor aglomeración urbana del sur del país. Nuestro claustro, en los primeros años, estaba formado por los profesores de las treinta localidades y, en la última década, contenía solo once municipios. La mayoría de las figuras descritas existieron realmente. A todas les ha puesto nombres ficticios para evitar que alguien se pudiera sentir halagado u ofendido.

Antonia, a quien todo el mundo la llamaba Toñi, siempre temió sufrir. Ella prefirió no sentir dolor físico ni mental. Nunca se embarcó en relaciones con futuro: eligió a los padres de sus hijos entre hombres saludables, deportistas y no bebedores. Ella misma preveía el final de la relación; como consecuencia, nunca guardaba sentimientos profundos hacia ellos. Sabía que estos eran egoístas, irresponsables y, en definitiva, inmaduros. Nunca la mantuvo ningún hombre, exceptuando su padre, hasta que empezó a trabajar. Ella poseía independencia económica y esto le permitió mucha seguridad a la hora de elegir un compañero y terminar una relación. Más adelante, después de las separaciones, decidió dejar el amor romántico, el que hace sufrir y vivir menos tranquila. Estar serena no resultó su cualidad de vida realmente. Se introdujo, por medio de un profesor, en una Asociación de

Conflictos Internacionales, donde al principio hacía la función de espía de campo y, luego, fue ampliando su labor. Esta le permitió conocer a muchas personas no deleznables, ver cómo eran, tener recursos económicos y, en definitiva, demostrarse íntegra y eficaz.

La metodología en su vida y en su trabajo siempre consistió en aprender *in situ* de otros cerebros. Aprender a aprender, o lo llamado técnicamente «aprendizaje significativo».

De adentro hacia fuera, Toñi era bella, honrada, solidaria e intuitiva, con el corazón de una soñadora y la determinación de una luchadora. No tuvo una vida fácil, pero pudo con todo: luchó para levantar la cara, sonreír y enfrentarse a sus problemas. Intentó que sus cicatrices no se notasen y convertirlas en belleza. Un poder en ella iluminaba las noches más oscuras y los días más nublados. Si se conocía a la maestra, no podías dar por sentado su amistad ni que la tenías en tu vida. Ella sabía de su valía y nunca le dio miedo marcharse si no la trataban como creía que se merecía. Cuando algo no le gustaba, se quitaba del medio y no le importaba dejar en ese sitio sus últimas pertenencias. Para ella había una teoría: si en tres meses vives sin esos objetos materiales, no los necesitas. Su carácter simpático involucraba a los demás; sin embargo, su alegría y sus ganas de vivir podrían confundirse con cierto pasotismo.

Gracias al deporte, consiguió mucho bienestar y estar en forma. La interacción grupal y jugar al límite le permitieron ver la vida con alegría, aunque le causaron muchas lesiones. En ciertos días, la paraban, pese a que luego la droga deportiva, denominada endorfina, le hacía volver lo más rápido posible.

No nos confundamos con Toñi, nunca la dejes irse. Quien la quiso la quiere para toda la vida. Realizó muchas actividades

hasta la jubilación, aunque, como maestra, la mejor fue escribir *Nuestro barrio nos cuenta*.

En el momento en que se jubiló, a los sesenta, recibió la siguiente dedicatoria. Coincidió con su cumpleaños y lo celebró junto a su familia de procreación y orientación, sus amistades y compañeros más directos.

La dedicatoria decía:

«Por toda una vida dedicada con vocación a la docencia y a la familia.
Por tu lucha incondicional, que ha llenado de éxito tu trayectoria.
Por transmitirnos los valores más importantes de la vida: perseverancia, pasión y alegría.
Gracias, maestra. Gracias, mamá.
Felicidades».

Diecinueve de agosto de 2022

I

Llegó exhausta a su casa. No se creía que agarrase el papel en la mano, lo miraba una y otra vez. Había pasado una semana muy tensa, pero por fin se liberó de las dos funciones realizadas durante cuatro décadas. Una de ellas constituía un recorrido en su vida, donde trataba a personas y se interrelacionaba. La otra era solitaria, silenciosa y, en cierta forma, malvada, intransigente, desahogada y rozaba los límites del decoro.

Antonia o Toñi siempre vestía unos vaqueros, un top, chaqueta, cazadora o una sobreblusa; añadía un pañuelo colorido en el cuello que no tenía nada que ver con el color de su vestuario.

Una niña normal, en una edad especial y fantasía en el pelo.
Él, un muchacho feliz con buen porvenir y pantalones vaqueros.
¡Qué dulce ingenuidad!
¡Qué tiernos bajo el sol!
¡Qué ganas de vivir el tiempo, el mar, tú y yo!

Las campanas del amor
Mónica Naranjo

Se sentó en el sillón, débil, cansada y con ganas de pensar en su pasado. Una parte de él era pertinaz, oscura y preocupante. Su casa era grande, incluso tenía habitaciones sin usar y no entraba en ellas durante meses. Las zonas que utilizaban eran moradas

amplias, con muebles muy cómodos y sillones confortables; en todas las habitaciones había mesas, menos en el gran baño. El sol iluminaba las mañanas de invierno y sus rayos entraban hasta el pasillo, que dividía la cocina y el aseo. Lo peor y, a la vez, lo más bonito, era la escalera. Ella muchas veces consideraba poner un ascensor, cuando pasaran quince años, desde la cochera hasta donde estaba ahora el *chaiselonge* marrón oscuro. En la planta baja, existía una habitación que siempre le gustó: el lavadero y, al lado, un baño sin lujo. Una casa acogedora para la vida de nuestra protagonista.

Antonia siempre consideraba buscar el bienestar y las sensaciones placenteras. Evitaba la preocupación, la tristeza y el enfado. Destacamos de ella que sabía discernir entre las emociones negativas o malas y las positivas o buenas. Siempre eliminó las mentiras y a los mentirosos. Toñi intentaba sentirse feliz y, muchas veces, pensaba que no existían emociones malditas o bienhechoras, sino una manera de afrontarlas. Escuchaba su interior y las transformaba en un resultado positivo que le permitía llevar una forma de vivir lo más normal posible. Para que esto ocurriera, ella necesitaba dinero. Con su sueldo, desgraciadamente, no le alcanzaba para conseguir la felicidad. Fuera de casa realizaba, aparte de su trabajo, muchas actividades; las tareas domésticas y el tiempo dedicado a sus hijos no estaban pagados. Distinguía perfectamente entre calidad y cantidad de tiempo con su familia de procreación. Eso último lo pagaba y punto.

Su vida quedó condicionada desde que conoció a un gran profesor de Pedagogía. Este pensamiento la entristecía. Ella, en bachiller, no tuvo un excelente expediente académico y entró en la Universidad de Sevilla con veinte años, cumplidos en agosto.

Como la letra de la canción de Mónica Naranjo, siempre fue muy especial y con bastantes inquietudes ajenas al currículo

académico. Le gustaban el deporte, el cine, el teatro, la lectura y tomar en los bares algo con su novio y sus amigas. La actividad física resultaba arriesgada para ella por las numerosas lesiones sufridas durante su vida; incluso tuvo que abandonar ciertos deportes.

En primero de carrera le impactaron dos profesores: Gonzalo Rosal y Augusto Bosque. Ambos eran titulares y llegaron a catedráticos de la Escuela Universitaria de Magisterio. Marcaron una huella en Toñi. El primero, porque le posibilitó la única matrícula de Magisterio, la de Educación Física; y el segundo, porque despertó su vocación de maestra con los conceptos pedagógicos. Acuñó un interés por conocer y llevar a cabo las distintas teorías que han existido en la historia. Pedagogía de la Educación le hizo reflexionar y esmerarse en los trabajos. Incluso buscaba al profesor en el despacho del departamento para preguntar y contrastar ideas; esto se convertía en una sesión evaluativa de sus ejercicios.

Sentada en el sillón, recordó que don Augusto la mencionó en clase por la realización de un trabajo: *Ser la segunda en una familia numerosa de varones.* Aunque no existía internet, ella investigó algunos autores en la biblioteca de la facultad y dio en la clave con ese perfil. El catedrático tenía una fuerza mental que penetraba en sus alumnos. Era el más respetado, sus palabras provocaban sentimientos profundos y todos las escuchaban con mucho silencio. De aspecto no era bien parecido; sin embargo, su personalidad y su halo llegaban a muchos estudiantes. El profesor no preparaba sus discursos, le salían del alma. Sus consejos educativos tenían peso y argumentación teórica, y él se los creía. Para Augusto no había contradicciones en sus teorías educativas: no las hacía distintas, sino complementarias. Embelesaba con su comunicación, ya que era sano, un artista y no discriminaba.

El doctor Augusto se dio cuenta perfectamente de la empatía de ella hacia su persona. Incluso en el tiempo que dejó de impartirle clase, Toñi seguía yendo al despacho. Hasta que, un día, él le dio un teléfono y una dirección: la estudiante debía hacer una llamada para un trabajo. La sorprendió; sin embargo, este le aseguró que su vida mejoraría. Toñi leyó el papel varias veces.

«ACI
Madrid
Tfno. 5696313
Asociación de Conflictos Internacionales»

Tardó en descubrir que faltaba la dirección. La palabra «conflictos» le llamó la atención y su fe ciega en la personalidad del profesor le produjo curiosidad; le fue resuelta cuando se quedó sola en su casa y pudo llamar.

—Buenos días, ¿con quién hablo?

Colgó, pues la respuesta la intimidó. Pasaron unos minutos y volvió a marcar.

—Buenos días, ¿con quién hablo?

—Buenos días, soy Antonia Bermúdez; el profesor Augusto Bosque me ha dado este teléfono para un trabajo.

—Bermúdez, ¿qué más?

—Bermúdez Castilla, Antonia.

—Se pondrán en contacto con usted, ¿se la puede llamar a este teléfono?

—Es el de mis padres, vivo con ellos.

—Entonces llame mañana a la misma hora y le daremos instrucciones.

—De acuerdo y gracias.

Toñi no supo por qué dijo «gracias». Se levantó por un vaso de leche mientras pensaba que la palabra «instrucciones» era muy militar. Durante treinta y nueve años recibió muchas órdenes, mandes que no podía discutir. Debía cumplirlas lo antes posible para tener una vida normal y una tranquilidad que, a veces, incluso duraba varios meses.

Recordó que, al día siguiente, no pudo llamar desde el teléfono de su casa, pues sus padres se encontraban allí. Tuvo que irse a una cabina cerca de La Escuela Normal. Intuía que sus padres no deberían enterarse de esa información. Esperó las noticias. Le dijeron que acudiera a la cafetería El Toboso; allí se encontraría con el contacto que, a partir de ahora, tendría en su provincia. Era un hombre con traje y un sombrero; estaría solo, tomando un café. La hora, sobre las seis de la tarde. Un día gris, las nubes tapaban todos los rayos de sol; menos mal que no hacía viento y el frío se disimulaba.

Inmediatamente, llamó a casa para decir que almorzaba en la facultad, con la intención de aprovechar varias clases.

Los demás catedráticos, profesores titulares e interinos también le influyeron: destacaban el de Geología, el de Ciencias Naturales y el de Didáctica de las Ciencias Naturales. A Toñi siempre le gustaron las ciencias experimentales donde el método científico concluía en hipótesis. Todo la hacía pensar y lo contrastaba con las personas de su alrededor, sobre todo su pareja.

Es correcto decir que no le convencía memorizar; siempre estudiaba por las tardes, menos el sábado. Tenía que dedicarle a la carrera bastante tiempo, pues en Magisterio existían muchas asignaturas, desde Música, Manualidades, Dibujo, Psicosociología, Doctrina Católica y las específicas de la sección de Ciencias: Física General, Matemáticas y Química General, entre otras. Ese día, el profesor de esta última la pudo abstraer de su cita a las

seis. En vez de dar Química, explicó la utilidad de los contenidos para la vida, aparte de los numerosos chascarrillos, chistes y anécdotas entre elementos químicos y reacciones.

No se sentía desganada, simplemente la curiosidad le generaba ansiedad. Cuando llegó las seis menos cuarto, se levantó de la biblioteca y, con tranquilidad, se marchó hacia la puerta. Camino a la cafetería, pensó en que algunas asignaturas le robaban mucho tiempo y, en ese momento, especuló que lo perdía: no eran tan importantes para convertirse en profesora de EGB de Ciencias Naturales. Estas asignaturas se trataban de Música, que se llevaba horas y horas con la flauta; Manualidades, donde construyó un baño en papel en tres dimensiones; y Dibujo, con interés nimio para ella: se limitaba a entregar lo mínimo para aprobar.

—Buenas tardes, creo que he quedado con usted —dijo al hombre del sombrero.

—¿Antonia Bermúdez? —preguntó este, mirando muy despacio para arriba—. Siéntese —ordenó después de que ella asintiese.

»Es usted una alumna recomendada del doctor Augusto Bosque, siempre ha tenido buen ojo para las personas. Voy directamente al grano. El trabajo consiste en hacer fotografías, espero que tenga cámara —continuó, pues Toñi volvió a afirmar con la cabeza—. Todos los meses quedaremos aquí y usted me entregará las fotografías. Nuestra organización elegirá a una persona. Será un carrete pequeño, de doce fotogramas. Nosotros nos encargamos de revelarlas. El día de la entrega, le daremos otro nombre con la dirección de esta persona. También un sobre con dinero por su trabajo. Habrá meses que no tendrá que